

mas que concien hombres de tropas regulares, cuatrocientos de la milicia, y algunos centenares de indios, pero despues de la llegada del general Brock, dichas fuerzas se aumentaron considerablemente. Al rendirse Hull, tenia á sus órdenes, incluso las tropas ausentes, dos mil quinientos hombres, de los cuales mil doscientos pertenecian á la milicia.

Los coroneles Cass y M'Arthur llegaron con su destacamento casi muertos de hambre, precisamente en el momento de la rendicion, y por un instante tuvieron la intencion de escaparse, pero acosados por la necesidad resolvieron luego aceptar las condiciones de la capitulacion. Cuando el capitán Brush tuvo conocimiento del hecho, demostró el mayor disgusto y volvió con sus fuerzas á Ohio.

No es fácil describir con palabras el asombro é indignacion que causó en el pais la cobardía de Hull y su ineptitud, y hasta llegó el caso de que se acusara al desgraciado general de traicion y de estar en connivencia con el enemigo. Su informe oficial, fechado el 26 de agosto, se remitió poco despues á Washington, y en él se trataba de atenuar el mal efecto que naturalmente debía producir, pero el coronel Cass contradijo todo lo manifestado por el general americano en una carta dirigida al Secretario de la Guerra con fecha 10 de setiembre, lo cual bastó para que Hull perdiese su reputacion y buen nombre, sin que hubiera servido de disculpa alegar que el departamento de la guerra era muy defectuoso, que se habian cortado las comunicaciones, que las tropas carecian de disciplina, y que los indios eran muy numerosos, etc., etc.

Añadiremos de paso que el general Hull, fué juzgado por un consejo de guerra, que se reunió en el mes de enero y dió por terminados sus trabajos á fines de marzo

de 1814 (*). Los principales cargos que se dirigieron al general fueron los de traicion, cobardía, falta en el cumplimiento de sus deberes é ineptitud; absolvióse del primero pero se le reconoció culpable de los otros dos, y en su consecuencia se le condenó á ser pasado por las armas. El tribunal le recomendó al Presidente para que le perdonase la vida en gracia de su avanzada edad y sus antiguos servicios, y teniendo en cuenta la recomendacion, absolvió al acusado de la pena, pero al mismo tiempo dió orden para que se borrara su nombre de la lista de los oficiales del ejército.

Los desastrosos resultados de la lucha en el Noroeste, donde se contaba como segura la victoria, causaron un profundo disgusto á nuestros compatriotas, y al entusiasmo sucedió la desanimacion, pues muchos perdieron la esperanza de obtener gloria y honores en aquella guerra. Es de notar que allí donde menos se esperaba obtener grandes resultados, alcanzaron los triunfos mas notables las armas de América. Habíase reconocido siempre la supremacia de Inglaterra en el Océano, pues su escuadra contaba tantas victorias, que no se creyó posible pudiera ser derrotada en una guerra por mar, y mucho menos podia suponerse que los Estados- Unidos, los cuales no contaban con mas escuadra que unas cuantas fragatas y buques pequeños, se atrevieran á desafiar á la orgullosa reina de los mares. Sin embargo, los hechos demostraron tanto á Inglaterra como al mundo, que la valerosa marina de la Union, lejos

(*) Hull espidió un manifiesto al pueblo de los Estados- Unidos, pidiendo se suspendiera el juicio hasta que escribiese su vindicacion. Este documento se publicó en 1824 y en 1848, su nieto publicó un volumen en octavo en el cual se refutaban todos los cargos dirigidos contra Hull. El lector podrá consultarlo, y es probable convenga en que el general Hull fué mas castigado de lo que merecia.

de rehusar el combate, podia á veces vencer á su enemigo.

A primeros de julio, en ocasion de haber destacado los ingleses una escuadrilla á las aguas de América, el *Nautilus*, buque de catorce cañones, que salia de Nueva-York con objeto de interceptar los mercantes procedentes de la India, se encontró con la escuadrilla del comodoro Broke, y á pesar de los esfuerzos que hizo su intrépido comandante Crane, no pudo escapar de la activa caza de su enemigo, y tuvo que entregarse al *Shannon*. Este fué el principio de las hostilidades por mar.

La *Constitucion*, de cuarenta y cuatro cañones, capitán Hull, acababa de volver de Europa, despues de haber escapado de una activa persecucion de los cruceros ingleses.

Al salir de Annapolis, el 12 de julio, encontró á su paso una escuadrilla británica, cuyos buques comenzaron la persecucion guiados por el *Africa*, de sesenta y cuatro cañones. En la historia naval no se cita seguramente una caza tan notable como aquella, ni es probable que buque alguno escapara tan milagrosamente como la *Constitucion*, que aunque seguida muy de cerca consiguió burlar los esfuerzos de los enemigos. Solo media milla separaba al buque americano de los ingleses, pero aprovechando aquella el menor soplo de la brisa, y aun cuando parecia que de un momento á otro iba á caer en poder de sus adversarios, consiguió al fin ensanchar la distancia que le separaba de aquellos. Baste decir que la caza duró cuatro dias, al cabo de los cuales habiendo refrescado el viento, el buque americano dió una prueba de su ligereza y de la habilidad de sus marineros desapareciendo de la vista de las cinco fragatas que le perseguian.

El dia 13 de agosto, á la altura del Gran Banco, el *Essex*, buque de treinta y dos ca-

ñones, capitán Porter, tuvo un encuentro con la goleta de guerra inglesa la *Alerta*, de veinte. Esta última comenzó el ataque; mas al ver que el buque era de guerra y no mercante como creyó en un principio, dominada completamente por el fuego de su enemigo, tuvo que entregarse á discrecion. Esta fué la primera captura que se hizo á los ingleses en aquella guerra.

El 19 de agosto, tres dias despues de los sucesos de Detroit, el capitán Hull, comandante de la *Constitucion*, volvió por el honor de un nombre que su tío habia mancillado, probando al mundo que la escuadra americana sabia combatir á sus enemigos.

El dia 19 por la tarde, la *Constitucion* divisó y dió caza á una gran fragata inglesa, la *Guerrera*, de treinta y ocho cañones, capitán Dacres, quien, segun parece, deseaba en extremo encontrarse con un buque americano, no dudando que obtendria una fácil victoria. El capitán Hull dió las mas severas órdenes para que no se contestase al fuego del enemigo hasta hallarse tan cerca que no pudiera desperdiciarse ni una sola bala, y llegado el momento, Hull descargó sus andanadas sobre la *Guerrera* con tal rapidez y tanto tino, que al cabo de media hora la fragata inglesa quedó acribillada completamente y el capitán Dacres, despues de perder unos cien hombres entre muertos y heridos, tuvo que rendirse al vencedor. La *Constitucion* solo tuvo siete de los primeros y otros tantos de los segundos. No habiendo sido posible conducir á la *Guerrera* á un puerto á causa de sus averías, se la pegó fuego y desapareció en las olas á los quince minutos.

La victoria alcanzada por Hull produjo el mayor entusiasmo y alegría, y en todas partes recibieron en triunfo al intrépido marino. El Congreso, además de un voto de gracias, hizo un donativo de cincuenta mil duros á

Hull y su tripulación para compensarles la pérdida de la presa (*). El asombro que causó en Inglaterra la noticia de este combate fué indescriptible, y no pudieron menos de avergonzarse aquellos que se proclamaban como invencibles en el Océano. Tratóse de disculpar de mil maneras la derrota de Dacres: unos dijeron que la *Constitucion* tenía muchos más cañones, y otros que su tripulación se componía en su mayor parte de ingleses; pero si bien es cierto que el buque americano era de mayores dimensiones que la *Guerrera* y que ésta no tenía mucha gente á bordo, no lo es menos que dejó de creerse que la Gran Bretaña fuese invencible en el Océano. Los Estados-Unidos por lo tanto debían figurar entre las primeras potencias marítimas del mundo, y el estrellado pabellón iba á ondear orgulloso no solo junto á los buques ingleses, sino también entre los de las demás naciones.

No fué ésta la única victoria alcanzada por los americanos; en la noche del 16 de octubre, la goleta de guerra *Frolic*, de diez y ocho cañones, que daba convoy á seis buques mercantes, tuvo un encuentro con otra goleta de los Estados-Unidos, el *Wasp*, de la misma fuerza, y en el sangriento combate que se siguió, este último buque quedó muy averiado; pero cuando su tripulación saltó á bordo del *Frolic* la cubierta de éste apareció sembrada de muertos y heridos, habiéndose contado treinta de los primeros y cincuenta de los segundos. El *Wasp* tuvo solo diez bajas, y al teniente Biddle le cupo la gloria

(*) «No es fácil que se comprenda ahora, dice Mr. Cooper, la influencia moral que produjo en América aquella victoria de una fragata contra otra. Las numerosas victorias obtenidas por los ingleses en el mar, hicieron concebir á todos la opinión de que su escuadra era invencible, y se había pronosticado públicamente que antes de seis meses las corbetas de guerra de la Gran Bretaña ocuparían nuestros puertos al lado de las fragatas americanas.» *Historia naval*, vol. II, pág. 56.

de apoderarse del pabellón de la Gran Bretaña después de una encarnizada lucha que duró cuarenta y tres minutos. El *Poitiers*, buque de setenta y cuatro cañones, condujo luego al puerto al *Frolic* y al *Wasp*. Cuando el capitán Jones volvió á los Estados-Unidos, recibiósele con gran entusiasmo, y el Congreso acordó hacerle un donativo de veinticinco mil duros para él y su tripulación.

Esta victoria causó en los Estados-Unidos más alegría, si cabe, que otras de mayor importancia alcanzadas después, atendido que las fuerzas que tomaron parte en el combate eran iguales, lo cual aumentaba el mérito del triunfo de los americanos. Todo esto contribuía, á no dudarlo, á desterrar la idea de que los ingleses eran invencibles en el mar; pero lo que más llamó la atención fué la superioridad de nuestros cañones y la destreza y valor de nuestra gente de mar, á lo que se debió la mayor parte de los triunfos obtenidos. Los oficiales americanos, no solo dirigían perfectamente las maniobras, sino que cuidaban siempre de que no se rompiera el fuego hasta hallarse muy cerca del enemigo, de tal modo que ni una sola bala dejaba de dar en el blanco propuesto por ser muy certera la puntería de nuestros artilleros; y por mucho que fuera el arrojo y valor de los adversarios, diezmábase la metralla de nuestros cañones. Según dijo luego un escritor inglés, parece que los marinos de la Gran Bretaña aprovecharon para lo sucesivo la terrible lección que les dieron los americanos.

Una semana después del combate ya referido, el comodoro Decatur aprovechó una oportunidad para conquistar nuevos laureles. Habíasele confiado el mando de la fragata *Estados-Unidos*, de cuarenta y cuatro cañones, y después de haber capturado un pequeño buque inglés que llevaba un cargamento de bastante valor, avistó el 25 de octu-

bre al *Macedoniano*, de treinta y ocho cañones; trabóse el combate, y al cabo de una hora, habiendo caído el mástil de mesana del buque inglés, este no pudo ya defenderse con ventaja de su enemigo á causa de sus muchas averías. Entonces el buque americano maniobró para separarse algún tanto de su antagonista, y creyendo el comandante del *Macedoniano*, que su contrario trataba de abandonar el combate, la tripulación dió un grito de triunfo; mas al poco tiempo volvió el buque enemigo á la carga, y tomando posición, rompió de nuevo el fuego sobre el *Macedoniano*, que tuvo entonces que entregarse. Los ingleses perdieron ciento diez hombres entre muertos y heridos y los americanos tan solo doce, siendo de notar que el buque británico recibió más de cien balazos en su casco, mientras que en el americano apenas se encontró alguna avería insignificante. Esta presa fué conducida á Nueva-Londres á principios de diciembre, con lo cual se aumentó no poco el entusiasmo y orgullo de la nación por las brillantes hazañas de su valerosa marina.

El *Argos*, de diez y seis cañones, capitán Sinclair, que se había hecho á la vela al mismo tiempo que los *Estados-Unidos*, consiguió hacer muchas presas, y aunque perseguido luego durante tres días por una escuadrilla del enemigo, no solo pudo escapar, sino que capturó al paso un buque inglés mientras á él le daban caza.

En el mismo año los americanos alcanzaron otra victoria: la *Constitucion*, de cuyo mando se había encargado el comodoro Bainbridge en reemplazo del capitán Hull, se encontró el 28 de diciembre con la fragata *Java*, de treinta y ocho cañones, y sostuvo con ella un combate por espacio de cuarenta minutos. El capitán inglés, deseando evitar el fuego de su enemigo, se aproximó todo lo

posible á la *Constitucion* á fin de lanzarse al abordaje, pero antes de conseguirlo perdió su palo mayor de un balazo, que hirió también mortalmente al capitán. El teniente Chads se encargó entonces del mando á fin de continuar el combate; mas al acercarse de nuevo á su enemigo, el comandante de la *Constitucion* que se había alejado para cargar sus piezas, vió que la fragata inglesa, completamente desmantelada, se iba á pique, por cuyo motivo mandó pegar fuego al buque después de haber recibido á bordo á la tripulación del enemigo, cuyas pérdidas ascendían á ciento veinticuatro hombres entre muertos y heridos. La *Constitucion* solo tuvo veinticuatro bajas. Es de notar que á pesar de que el buque inglés había quedado literalmente hecho pedazos, la *Constitucion* no perdió ni una sola vela. El comodoro Bainbridge desembarcó á sus prisioneros en San Salvador, y dejándoles libres bajo palabra, se hizo á la vela hácia Boston, á cuyo punto llegó el 27 de febrero de 1813.

Durante el otoño del mismo año, nuestra pequeña escuadra dió también pruebas de valor en los lagos, siendo evidente que con algunos preparativos podrían obtenerse importantes resultados. El capitán Isaac Chauncey fué el encargado de defender los intereses de su país en aquellas aguas, y entre otras presas capturó una corbeta que llevaba un cargamento por valor de doce mil duros.

Volviendo ahora á fijar nuestra atención en las operaciones militares por tierra, vemos que éstas se dirigían de una manera admirable, sobre todo si se tienen en cuenta las torpezas cometidas por la mayor parte de los jefes de las fuerzas.

La traición de Hull, según la llamaban en el Noroeste, escitó en aquella parte de nuestro país la mayor indignación, pero al mis-

mo tiempo encendió el patriotismo de los ciudadanos de una manera nunca vista hasta entonces, resultando de aquí que infinitos voluntarios, principalmente de Ohio y de Kentucky, resolvieron alistarse bajo las banderas del general Harrison, dispuestos á recobrar lo que se habia perdido y á defender la frontera. El general Winchester fué nombrado jefe de las fuerzas del Noroeste por el Presidente, pero poco despues le reemplazó el general Harrison, quien se encargó del mando en el mes de setiembre. Abriábanse esperanzas de reparar el desastre de Hull antes del invierno, pero debia tenerse en cuenta que los voluntarios, aunque capaces de acometer grandes empresas bajo circunstancias favorables, no eran á propósito sin embargo para sujetarse constantemente á una rigurosa disciplina y á sufrir las fatigas de una prolongada campaña. Esto quedó demostrado mas tarde, y fué causa de que no se alcanzaran muchas victorias fáciles de obtener.

La division principal del ejército, compuesta de tres mil hombres al mando de Harrison en persona, se hallaba entonces en St. Mary, y otra á las órdenes del general Winchester, con una fuerza de dos mil, acababa de ponerse en marcha hácia Detroit, pero encontrándose al poco tiempo sin viveres se envió un parte á Harrison para que los facilitara. El general se puso en marcha inmediatamente con una considerable parte de sus tropas, y despues de permanecer un dia con el general Winchester en el fuerte Desconfianza, regresó de nuevo á St. Mary, ordenando previamente al general Tupper, que marchara con mil hombres de la milicia del Ohio hácia las cataratas de Miami para desalojar al enemigo y apoderarse de aquel punto. La falta de esperiencia y autoridad por parte de los oficiales, y la poca subordi-

nacion de las tropas, fué causa de que, ni en esta empresa ni en otras, consiguiera su objeto el general Tupper, y así es que los ingleses siguieron ocupando sus posiciones (*).

Durante el mes de setiembre, reuniéronse en Vincennes cerca de cuatro mil hombres, en su mayor parte tiradores, que al mando del general Hopkins, se proponian castigar á los indios del Illinois y Wabash; aquella partida organizada por el gobernador Shelby, de Kentucky, era una de las mas numerosas que habia penetrado en el territorio indio.

A principios de mes, el capitán Zacarías Taylor habia dado pruebas de valor defendiendo el fuerte Harrison en Wabash. El dia 4 de setiembre fué furiosamente atacado este fuerte por algunos centenares de indios, y aunque de los cincuenta hombres que tenia Taylor á sus órdenes, solo podia contar con diez y ocho por estar los demás enfermos, rechazó el asalto con la mayor intrepidez, obligando á los indios á retirarse.

El cuerpo de ejército al mando del general Hopkins llegó al fuerte Harrison hácia el 10 de octubre, cruzó el Wabash el dia 14, y continuó luego su marcha hácia Kickapoo y Peoria, pueblos que se hallaban, el primero á ochenta millas de distancia, y el segundo á ciento veinte. Dicha fuerza tuvo que atravesar estensas praderas cubiertas de esa espléndida vegetacion que en el estio está completamente seca y es muy combustible, y á causa de ser á veces la marcha penosa, aquella indisciplinada tropa comenzó á quejarse sin reconocer autoridad alguna, y como cada uno queria obrar segun su voluntad, poco

(*) En la *Historia de la última guerra en el territorio Occidental*, se refiere cuáles fueron las operaciones militares del general Tupper, págs. 147-52.

podia esperar el jefe de sus soldados. Viendo luego que los indios habian pegado fuego á las altas yerbas, que de vez en cuando entorpecian la marcha de aquella fuerza, muchos empezaron á pedir que se retrocediera, y hasta hubo un Mayor, de cuyo nombre no necesitamos acordarnos, que acercándose al general, le ordenó que no pasara adelante. En vista de esto, nada podia ya esperarse, y la tropa volvió bien pronto al fuerte Harrison. El general Hopkins condujo otra partida con mejor éxito durante el mes de noviembre, en una expedicion contra los pueblos de Wabash, y el dia 11 del mismo mes abandonó de nuevo el fuerte Harrison con mil doscientos hombres, á tiempo que llegaban siete botes con el teniente coronel Butler, conduciendo abundantes viveres y provisiones. El dia 19 llegó el general al pueblo del Profeta, é inmediatamente destacó trescientos hombres para que fueran á sorprender los pueblos de Winnebago, en Ponce Passu; pero esta partida á las órdenes del coronel Butler, no encontró enemigo alguno. Dicho pueblo, así como el del Profeta, y otro llamado Kickapoo, que contenia ciento veinte cabañas y algunas chozas, fueron destruidos por las tropas, y no se vieron indios hasta el dia último de mes, en que tuvo lugar una escaramuza en la cual sufrieron los blancos considerables pérdidas. Como la estacion estaba ya muy adelantada, este destacamento suspendió sus operaciones; pero su valerosa conducta formó un extraño contraste con la que observó la primera tropa mandada por el general Hopkins.

Tambien se emprendieron otras expediciones; una en el mes de octubre por el coronel Russel, que con trescientos hombres de tropas regulares y una partida de tiradores, destruyó un pueblo muy rico de los indios llamado Pamitaris, matando un gran número de salvajes; y otra en el mes de noviem-

bre por el coronel Campbell, quien con seiscientos hombres marchó contra los pueblos de Mississinewa y derrotó completamente á los indios. El resultado de estas y otras incursiones en el territorio indio fué sumamente oportuno para librar á la frontera de los asaltos y ataques de los salvajes (*).

Hablaremos ahora de las operaciones militares en el Norte: durante el verano y el otoño, marcharon varias compañías de voluntarios al Canadá y con ellas todos los reclutas que pudieron alistarse, cuyas fuerzas se concentraron luego en dos cuerpos; uno que se acantonó cerca de Lewistown, compuesto de algunas tropas regulares y milicia, en número de cuatro mil hombres, á las órdenes del general Van Rensselaer, de Nueva-York, y el otro que se situó en Plattsburg y Greenbush, al mando del general Dearborn. Distribuyéronse asimismo varias tropas regulares en Black Rock (Ogdensburgh) y Sackett Harbor, con oficiales experimentados, á fin de instruir á los reclutas que fuesen llegando, y se esperaba seria fácil invadir el Canadá antes de la llegada del invierno. Oficiales como Pike, Boyd y Scott se dedicaron con mucho celo á la instruccion del ejército, y se creyó que con una fuerza de ocho ó diez mil hombres estendidos por la frontera, seria fácil conseguir el objeto apetecido.

El cuartel general de Van Rensselaer se hallaba en Lewiston, cerca del Niágara, y frente á Queenstown, puesto inglés fortificado. Habian ocurrido varias escaramuzas, favorables siempre á los americanos, pero el hecho llevado á cabo por el teniente Elliot, que bajo los cañones del fuerte Erie se atrevió á cortar dos puentes de los ingleses, es-

(*) Véase la *Historia de la última guerra en el territorio Occidental*, por M. Afee, págs. 162-82.

citó el entusiasmo del ejército del centro, como se llamaba á las tropas de Van Rensselaer, y todos deseaban que se les condujera al combate, si bien es cierto que hubo luego algunos voluntarios que amenazaron con volverse á sus casas si no se les gratificaba acto continuo. El general resolvió á pesar de todo intentar un ataque á Queenstown, pues segun los informes tomados, sabíase que la mayor parte de la guarnición enemiga se había puesto en marcha á las órdenes del general Brock para ir á socorrer á Malden, quedando encargado del territorio de Michigan el general Proctor. De tomarse á Queenstown, nuestras tropas tenían así donde resguardarse de la inclemencia de la estación y se facilitaban mucho más las operaciones del ejército. En su consecuencia, á las cuatro de la madrugada del 11 de octubre, aun cuando acababa de estallar una espantosa tormenta, los americanos intentaron atravesar el río; mas era tal la oscuridad, y se tuvo que luchar con tantos inconvenientes, que al fin no fué posible conseguir el objeto.

Semejante contratiempo solo sirvió para aumentar la impaciencia de las tropas, y por lo tanto se envió orden al general Smith, acantonado en Búfalo, para que avanzara con sus fuerzas á fin de cooperar en un nuevo ataque contra Queenstown. Hicieronse todos los preparativos rápidamente, y en la mañana del 13, se embarcaron las tropas protegidas por las baterías americanas. La fuerza destinada al ataque se dividió en dos columnas: la primera de trescientos hombres de la milicia, al mando del coronel Salomon Van Rensselaer, y la segunda, compuesta de otros trescientos, de tropas regulares, á las órdenes del coronel Christie; mas por un imperdonable descuido, no se reunieron suficientes botes para trasladar las fuerzas de una vez, y fué preciso que mar-

charan en destacamentos separados. El coronel Fenwick, con su artillería, y las demás tropas, debían cerrar la marcha.

Entretanto, los ingleses, que esperaban el ataque, habían recibido considerables refuerzos, que enviaba el general Brock, gobernador del fuerte Jorge, y al amanecer rompieron el fuego contra los americanos, causándoles considerables pérdidas y entorpeciendo su embarque. El coronel Van Rensselaer quedó gravemente herido.

Encargándose entonces del mando el capitán Wool, condujo valerosamente á sus hombres hácia las rocas, á la derecha del fuerte, á pesar de molestarle mucho una peligrosa herida que también recibiera; y después de varias cargas desesperadas, consiguió al fin desalojar al enemigo de las alturas y ocuparlas con sus fuerzas. Los ingleses, sin embargo, protegidos por un edificio de piedra que servía de almacén, continuaron el fuego, pero no se tardó mucho en apagar el de sus baterías. Poco después llegó á Queenstown el general Brock con un regimiento de seiscientos hombres, los cuales asaltaron las alturas con el objeto de arrojar á los americanos de aquella posición; el capitán Wool destacó ciento sesenta hombres á fin de contener al enemigo, pero fueron rechazados dos veces consecutivas; y en la segunda, observando uno de los oficiales que sus soldados se hallaban al borde de un precipicio y que iban á caer, puso un pañuelo blanco en la punta de una bayoneta en señal de rendición. Indignado Wool al ver aquello, lanzóse sobre el oficial, arrancóle el pañuelo, y reuniendo á los americanos, consiguió rechazar al enemigo. El general Brock cayó entonces mortalmente herido, y los ingleses se retiraron desordenadamente.

El general Wadsworth y los coroneles Scott y Mulaney cruzaron á las dos el río, y

entonces se dió orden al capitán Wool para que se retirara á fin de curarse sus heridas. Rechazados los ingleses, y herido mortalmente su jefe, creyóse la victoria completa, y en su consecuencia el general Van Rensselaer cruzó á la orilla opuesta del río con objeto de formar un campo atrincherado para resistir los ataques del enemigo; pero aun no se había decidido la suerte del día, pues á eso de las tres de la tarde, los ingleses se organizaron de nuevo, y reforzados con algunos centenares de indios de la tribu de los Chipewa avanzaron al ataque. Al principio, los americanos parecieron vacilar; pero animados al fin por los coroneles Christie y Scott, lanzáronse atrevidamente al encuentro del enemigo, y dando una carga á la bayoneta, rechazaron una vez más á los ingleses, que se vieron en la precisión de retirarse. Esta fué la tercera victoria alcanzada por los americanos en el mismo día, y si los bravos voluntarios del Canadá hubieran sido apoyados convenientemente, no hay duda que el triunfo habría sido completo.

Deseando el general Van Rensselaer apresurar el embarque de las fuerzas, volvió á cruzar el río con este objeto, pero con gran disgusto suyo, vió que ninguno de los voluntarios se mostraba dispuesto á pelear, y no bastaron órdenes ni recomendaciones para disuadir á las tropas. Ya hemos dicho antes que el número de botes no había sido suficiente para trasladar á las tropas americanas; y como además de esto se habían perdido algunos, no quedaban más que tres ó cuatro disponibles, sin contar que se cometió el error de no tomar una batería, que situada más abajo de Queenstown enfilaba el embarcadero. La milicia había visto los heridos, así como también los indios, aliados de los ingleses; sobrecogióles el pánico, y de aquí resultó que mil quinientos hombres, bien ar-

mados y equipados, que parecían dispuestos á llevar á cabo toda clase de proezas, se retiraron vergonzosa y cobardemente, alegando que no querían invadir el territorio enemigo.

A eso de las cuatro de la tarde, reforzados los ingleses por ochocientos hombres procedentes del fuerte Jorge, al mando del general Sheaffe, volvieron á la carga con nuevo vigor, y reconociendo entonces el general Van Rensselaer, que nuestra gente estaba rendida de fatiga, y que faltaban también las municiones, vióse en la dolorosa precisión de dirigir un parte al general Wadsworth, dándole cuenta de la conducta de la milicia, y dejando á su elección el resistirse ó defenderse, segun le pareciera más oportuno. Wadsworth, segun dice Ingersoll, no podía hacer nada, pues las tropas se habían estado batiendo desde el amanecer; pero aun así, aquellas no cedieron sino después de un reñido combate en el cual los americanos, derrotados completamente, se retiraron en desorden. Viéndose arrollados hasta la orilla del río, muchos valientes tuvieron que rendirse á discreción, después de lo cual se firmó un armisticio de tres días. Los indios, no obstante, á quienes no fué posible contener, hicieron una espantosa matanza en sus enemigos; baste decir que de mil cien hombres que cruzaron el río, casi todos quedaron muertos ó prisioneros. Wadsworth, Scott, Wool y otros bravos oficiales, fueron conducidos al Canadá como trofeos de la victoria.

Habiendo resignado el mando el general Van Rensselaer pocos días después de la batalla de Queenstown, reemplazóle el general Alejandro Smyth. Este caballero se mostraba deseoso de distinguirse y reparar los desastres de la campaña; pero olvidando aquel adagio de *ninguno cante victoria aunque en el estribo esté*, espidió en 10 de no-